

Prólogo:
aprendiendo a soñar

Enseñanzas en el aviario

A los catorce, Níobe empleó gran parte de sus ahorros, provenientes sobre todo de regalos de cumpleaños, en adquirir un precioso aviario, el cual fue instalado junto al cobertizo de los aparejos en el jardín. Este, de fabricación artesanal, era mucho mejor que la inmensa mayoría de modelos acuñados en serie y gozaba de unas medidas realmente espléndidas (hasta dos metros y medio de alto, seis metros con cuarenta de largo, y metro y medio de profundidad), además de numerosos detalles dignos de admiración. A ella le pareció algo así como un paraíso para aves en cautividad de pequeño tamaño. Al menos, claro está, durante los

primeros siete meses y hasta la mañana en la que descubrió los cuerpos decapitados de dos de sus aves.

«Se trata de búhos, ¿entiendes? Ellos son increíblemente sigilosos y utilizan sus alas para envolver en la oscuridad a sus presas», había dicho Fernando, el jardinero que venía dos veces por semana y que además era la única persona en el mundo, aparte de ella, que se interesaba por el aviario (a veces lo descubría por allí, saludando y silbando con gran simpatía a las aves).

Adán, el hermano de Níobe, solo se acercó hasta allí una vez que trajo a una chica a casa. Por lo demás, lo único que hacía era quejarse de lo mucho que le molestaba el ruido que hacían cuando había trasnochado y quería dormir hasta tarde. Tras el incidente, Níobe examinó los finos barrotes y descubrió que algunos habían cedido a cierto tipo de presión. Para sus pequeñas invitadas era imposible conseguirlo —incluso a ella le costaba mucho esfuerzo—, pero, al parecer, los búhos de Isla de Alegranzas sí que podían. Se esforzó entonces considerablemente haciendo regresar dichos barrotes a su posición original y modificando las perchas de madera natural en las que sabía que las aves solían dormir, para que, al hacerlo, se mantuviesen alejadas de los bordes. Además, siempre

que podía lanzaba unas viejas telas sobre el aviario al caer la noche. Incluso colocó una suerte de estrafulario monigote cerca de allí, con su cara de trapo pintada con rotuladores. Claro está que este último no amedrentó nunca a nada ni a nadie.

Observando a sus aves había descubierto que no eran tan simples como a simple vista pudiese parecer. Cada una de ellas contaba con sus propios rituales, caprichos, patrones y traumas. No recibían de idéntico grado su presencia, por ejemplo. Había quien se acercaba enseguida, quien echaba primero un vistazo y quien recelaba hasta el infinito; quien prefería acercarse hacia su cara para intentar picarle la nariz y quien prefería examinar sus manos por ver si traía alguna golosina.

¿Por qué esa predilección por las aves?

Cuando apenas contaba cuatro años, su abuela solía pasearla en carrito por la campiña, entre almen-dros y olivares, a penúltima hora de la tarde. Ya podía caminar con solvencia, pero... aún le gustaba que la paseasen. En cierta ocasión, un minúsculo pájaro de crespón rojo, pecho henchido y severo semblante, fue a parar a un lateral del capazo, quedando allí posado o suspendido lateralmente como por arte de magia durante medio minuto, mirando nerviosamente

a todas partes. Luego, al sentir un bache, planeó y se decantó ahora, con total confianza, por la punta del zapato de una embelesada Níobe. Cuando la abuela se volvió para preguntarle alguna cosa a su nieta, el pájaro se fue para no regresar. No obstante, ella siempre esperó que lo hiciese. Y buscaba a su emplumado amigo con la mirada en cada paseo, ansiosa, creyendo haber asistido a algún tipo de suceso extraordinario. Y lo cierto es que para Níobe constituyó un suceso extraordinario por aquello que desencadenó.

A lo largo y ancho de sus paseos por la campiña, comenzó a imaginar que su amigo vivía en un cómodo nido trenzado de finas ramitas y hojas de olivo, que resplandecían cálidamente durante las horas de sol, junto a dos crías perezosas y una amante y rechoncha pareja que siempre le rascaba la cabeza al regresar a ella. Imaginó luego todo un vecindario para ambos: el ruidoso picapinos que traía a todo el mundo de cabeza (no les permitía dormir la siesta), la pomposa oruga que generaba escalofríos (dejando babas a su paso) e incluso una salamandra bailarina de ojos saltones. Y a partir de entonces, Níobe nunca dejó de visualizar, de crear, de soñar... de pintar con la mente y el corazón. Por supuesto, aquello eran boberías. Si acaso los cuentos infantiles puedan serlo.

Foto de grupo

Un día, a los quince, mientras esperaba largo rato al autobús que la llevaría de regreso a casa, se entretuvo observando la foto de su promoción. En realidad, el diploma no era más que una abigarrada suma de fotos unipersonales. Y ello le parecía ser indicativo de muchas cosas. Quizá también porque recordó estas palabras de su profesor de arte: «la creatividad es siempre individual».

La frase debía ser interpretada en el sentido de que una idea no podía ser alumbrada por varias personas al mismo tiempo. Tal vez por ello la foto no era, en realidad, una foto de grupo. Un retrato fiel a la realidad habría exhibido subgrupos, parejas e individuos como islas —decididamente solitarios ya fuese debido al despecho, la autoaflicción o esa silenciosa y desgarradora marginalización que tiende a padecer quien se aleja del supuesto establecido—. Durante unos cuarenta y cinco minutos observó foto a foto. ¿Se trataba de ofrecer tu mejor cara o de engañar al espectador con algo distinto? En muchos casos, la imagen no correspondía con lo que ya sabía de aquellas personas.

¿Se propuso entenderlas por completo, iluminando las sombras? No exactamente. Llevó a cabo el ejercicio de descubrir su mejor cara. Imaginó, por ejemplo, que aquella chica de clase que siempre vestía el mismo suéter y apenas hablaba (y cuando lo hacía el tono de su voz resultaba cavernoso, renqueante y desagradable), en realidad cantaba de maravilla... pero solo se atrevía a hacerlo cuando se hallaba a solas. Y que el tipo más echado para adelante y desaprensivo se mostraba tímido y servicial con su hermana pequeña.

Podía pensar de este modo porque era consciente de poseer unos atributos, habilidades y características que nadie más conocía. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente solo ve aquello que quiere ver, tanto para su bien como para su mal. Busca razones de superioridad o razones de inferioridad. Sobre todo en la adolescencia.

De todos modos... ¿quién podría imaginar que al pisar la arena húmeda regada por las olas experimentaba siempre cierto pavor ante la perspectiva de que esta se abriese y la tragase? O que había decidido que los lunares que se hallaban entre su clavícula y la parte interna del muslo izquierdo formaban una constelación con la silueta de un animal que en la realidad ni siquiera existía.

Uno podía descubrir (incluso quedar prendado de), si tomaba interés en ello, aquellos ojos oscuros y espontáneos de lechuza, la gracilidad y feminidad de los andares, la capacidad de abstracción perfecta que lograba al acometer los ejercicios bien plantada sobre el pupitre, la advocación salvaje de sus largos, ondulados y rabiosamente negros cabellos, la envidiable suavidad y brillo de su piel, o el impulso de pellizcarse la ropa cuando estaba nerviosa. Estas pequeñas o grandes cosas, estos hermosos rasgos, uno podía descubrirlos, apreciarlos, si recibía la llamada o tomaba voluntad de hacerlo. Pero había muchos otros que requerían de una apertura total de la persona, de intimidad, de seguridad y de compromiso. Y ella era muy celosa de sus dones ocultos, ese tesoro.

Humildemente creo que, en realidad, a Níobe la definía, ante todo, su vocación de soñar. Además de soñadora era vivaz, meliflua sin ser cursi, ayudadora sin caer en la pleitesía, trabajadora y ferviente amante de su ser (al cual quería regar para que floreciese en todo su esplendor). Era un rayo de luz ambarina que surgía en un mundo de grises. ¿Cómo no iba a sentirse esta luz, por momentos, algo perdida y solitaria?

Cumplidos los veintitrés años contaba con gratos momentos de felicidad, desde luego. Sin embargo, en

no pocas ocasiones y cada vez con mayor frecuencia, sentía como si una parte del mundo que habitaba —esa otra parte consagrada a una incomprensible vocación de terrenalidad— conspirase para oscurecerla, para no dejarla volar. A veces el espectro es tan injusto... La prueba es dura, sí. De lo contrario, ¿cómo podría ocurrir que alguien como ella no dispusiese de todo cuanto quisiera? Y, sin embargo, tal vez esa abundancia desdibujaría su hermoso ser. Diré que sus padres no rabiaban de orgullo y amor (estaban un poco a sus cosas), que su hermano la ignoraba sistemáticamente, que los chicos solían pasarla por alto en detrimento de físicos más exuberantes y personalidades más fáciles de leer, y que las chicas la trataban con negligencias similares a aquellas con las que trataban a todas las demás. Así era. ¿Justo? Claro que no.

Y luego llegaría el horror.